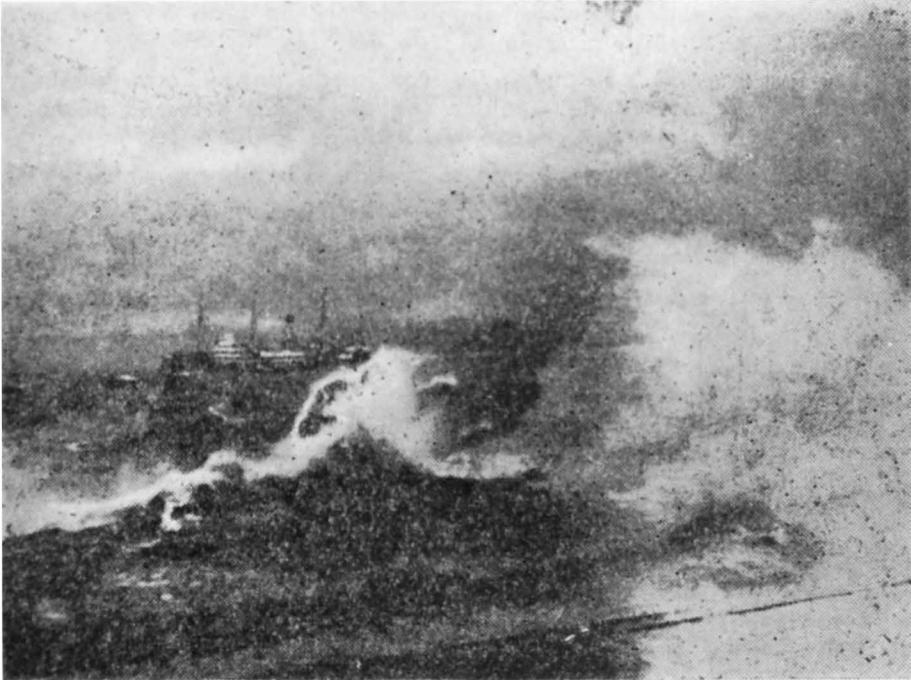


EL NAUFRAGO

Por Ricardo VALENZUELA



—No sé... —dijo el patrón del remolcador, limpiándose los labios con el dorso de la mano —. No sé... , pero lo hicimos. Después me pareció que no estuvo bien...

Volvió a beber del vino tinto que se movía en el jarro de vidrio al compás del buque. Añadió:

—Bueno... Todas las cosas tienen su excusa. Yo era todavía un muchacho... Digamos, tenía veintitrés años y era patrón de una chalupa. Mi chalupa era de tres colores como las pintábamos entonces, con tres franjas: azul, blanco y amarillo. Transportábamos provisiones a los vapores de cabotaje y ganábamos lo suficiente como para vivir mejor que ahora. La Plaza Echaurren era menos populosa, pero existía el bar "La Bandera", donde de vez en cuando se podía echar un trago de lo importado sin que le costara a uno un ojo de la cara...

—Me acuerdo bien —lo interrumpió el maquinista, apoyando las manos sucias en la cubierta de la mesa— aquel bar era del finado Ruiz. Yo navegué con él la primera vez que les pusieron motor a las goletas que viajan a Juan Fernández y... ¡no comprendo a los veleros! Ruiz era timonel de la "Fieramosca", y por el solo hecho de que hicimos la travesía a motor y no a la vela se mareó como un condenado y echó el alma por la borda. ¡Se había criado en las barcas madereras de Puerto Montt! Yo creo que se retiró del mar por culpa de los motores, y entonces puso cantina.

El remolcador se mecía suavemente a la orilla del malecón, cerca de la Casa de Botes, en la obscuridad y el silencio de la bahía.

Como el frío era intenso, se habían refugiado en el cuarto de máquinas, alumbrado por un farol de parafina que humeaba sobre la tabla, al lado del vino.

Hablaban en voz queda porque otro hombre dormía tendido de espaldas con las manos sobre el pecho, en un cajón angosto y largo casi lleno de guaípe.

De cuando en cuando el hombre roncaba, y esto hacía comprender que no acompañaban a un muerto.

—A mí me pareció que Ruiz se retiró demasiado pronto del mar —repuso el patrón—. Yo voy acercándome a los sesenta y dos y creo que tengo para un rato todavía...

El maquinista se quedó mirándole en el rostro curtido y todavía enérgico, y aguardó con curiosidad; pero el otro no completó la frase. Entonces dijo:

—En cuanto a mí, yo no sé si tendré aún bastante grasa como para seguir derriéndome al lado de la caldera... Me imagino que me queda poca. Pero como dice mi mujer, "perro flaco demora en morir". Y si es así, creo que seguiré al calor del fuego aquí abajo hasta que me derrita como un cabo de vela, dejando una gran mancha en el suelo.

Miró instintivamente las planchas de hierro del cuarto de máquinas donde al andar crujía el carboncillo bajo los zapatos.

—Y yo, ¿me ahogará entonces? —inquirió el patrón en tono de broma.

—¡Quién sabe! Cada uno llega a lo suyo, cuando es hora...

Un rayo de luna fría penetraba por la lumbrera.

Se oía la respiración acompasada y tranquila del fogonero, que dormía, y el ir y venir de algún trozo de hierro cilíndrico abandonado sobre la cubierta.

—¿Qué le parece si echamos otro trago?

Esas noches de invierno en el remolcador de guardia en el puerto eran interminables.

Se esperaba la llegada de un buque, se realizaba alguna faena de emergencia o no se hacía nada... Pero la luz de proa, el humo que salía lentamente de la chimenea, algún escape de vapor, indicaban que había vigilia.

—No estaría mal —aprobó el patrón.

Bebió primero un sorbo largo y en seguida lo hizo el maquinista con la cabeza echada atrás y un glu-glu muy particular,

acompañado de un extraño movimiento de la nuez, una nuez de Adán que cuando bebía parecía que quería fugársele.

—Bien —prosiguió el patrón reanimado por el vino—. Le decía yo al comienzo que poseía una chalupa de tres colores...

“Con ella, una noche de temporal, en junio, fuimos a socorrer a un vaporcito que garreaba y se había atravesado a la mar, aquí en la misma bahía, cerca del dique.

“En aquella época los del Bote Salvavidas eran rentados.

“Partían en una embarcación de seis remos al mando del patrón Castillo, y tenían que multiplicarse para asistir a todos los barcos que lanzaban pitazos.

“Yo, de muchacho, me había formado en la escuela de Castillo y era capaz de gobernar a la bayona mi propia embarcación con cuatro bogas, cuando las olas barrían el viejo malecón y el agua se filtraba hasta las bodegas de la Avenida Errázuriz.

“Entonces había trabajo para todos. Soltar una espía aquí, pasar otra allá..., que la boya..., que la cadena..., usted sabe”.

El viejo hizo una pausa y entornó los ojos, como si evocara el cuadro en el cuartucho lleno de humo: olas, espumarazos, cascos de hierro brutalmente zarandeados que iluminaba un reflector en la noche.

Eran unas estampas fugaces, espectrales que se grababan en la mente de cualquiera.

El maquinista encendió un cigarrillo.

Aprovechó la pausa para decir:

—Ese era otro Valparaíso...

Dio a la frase un tono melancólico.

Todo aquello que recordaba el patrón le parecía distante y como perdido en el tiempo.

Hacía años que Valparaíso no era azotado por uno de aquellos temporalazos. ¿Cuántos inviernos que no se escuchaba un pitazo de auxilio? ¿Cuántos que no salían a la mar alborotada, chocando con las olas que venían de afuera, aguijoneadas por el viento norte, altas y atropelladoras como una horda?

El patrón cambió de postura en la silla y reanudó lo que estaba relatando:

—Como le dije, había trabajo para todos. Salimos en mi chalupa, llegamos al costado del vapor y principiaron a dejarse caer los hombres a mi chalupa.

“Algunos se veían bien asustados. Otros actuaban como si estuvieran en un juego de niños... porque los menos imaginativos no son miedosos...”

“El pánico le viene a uno cuando se pone a pensar demasiado...”

“La mar nos zarandea y golpeaba mi embarcación contra el casco de fierro del buque, y a cada momento sentía crujir las cuerdas con un gemido que no parecía provenir de la madera castigada, sino de un ser viviente al que le vapulearan sin piedad las costillas.

"¡Aquí nos quedamos para siempre!" —oí que decía uno...

"Y la verdad es que así era de temerlo. El viento pegaba duro y la lluvia caía sobre nosotros como en el baño.

"Yo no soltaba por nada la bayona, y cuando la ola nos empujaba con más fuerza contra las planchas del buque, la apoyaba en ellas para amortiguar el golpe.

"Entretanto, nos íbamos llenando de náufragos. Se deslizaban por un cabo amarrado a la baranda... Cinco, seis, ocho... ¡Al diablo! ¡Aquí nos quedamos para siempre!

"Me daba vueltas en el cerebro la frasecita... Y miraba las luces de los cerros, que aún en medio de los chubascos más cerrados, esparcen sobre la bahía un reflejo pálido.

"Pensaba en la Margarita y en el niño... Estaban allá arriba, pasado el Camino de Cintura, donde parpadeaba un grupo de faroles.

"Me parecía sentir zumbiar el viento en las callejuelas del Cerro Toro, el deslizarse del agua por el empedrado, arrastrando hacia el plano todos los tarros de lata y los desperdicios del barrio".

—¡A mí me gusta esa zalagarda que arma la lluvia en Valparaíso! —lo interrumpió el maquinista—. Por mi casa, en Márquez, arriba, el torrente pasa como un río. Ni oigo lo que me dice la Tila por estar escuchando el aguacero entre sábanas... y sobre todo cuando estoy franco y pienso en los otros que están en el remolcador...

El patrón sonrió.

—Ya no quedaba nadie en el vaporcito —prosiguió—. El agua me chorreaba desde las alas caídas del sudeste hasta la punta de las botas.

"No obstante, estaba sofocado y sentía calor.

"Me afirmé bien en el asiento y ordené: ¡Avante, niños!, aprovechando que la ola nos había distanciado del buque unos cincuenta metros.

"¡Eran tiempos esos de las chalupas a remos!

Fue al alejarnos cuando advertimos que uno de los tripulantes del vaporcito, gordo y mojado yacía inerte en el fondo de mi embarcación y en un lugar que dificultaba la maniobra de los remeros.

"¿Quién es ese individuo, señor? —le pregunté al Capitán, que venía sentado a mi lado".

"Es el lamparero, ¿qué le pasa? —averiguó él a su vez.

"Estaba nervioso. Quizá perdía el buque por no haber llamado antes. Pasando una espía a la boyu podíamos haberlo enderezado y quizá no estaría ahora tan afligido...

—Así sucede cuando llaman a última hora —observó el maquinista—. Dicen que después la Compañía se niega a pagar. Pero, para eso está el Lloyd...

—En la mar, al menos yo, no me acuerdo de esas cosas. Ordené poner los remos en galera a pesar de la mar gruesa y dos o tres de los que iban a proa empezaron a remover al hombre.

“Parecía un borracho de aquellos que caen como piedra, de repente, al lado de uno en los bares.

“—¡Está muerto! —gritó el que le auscultaba como podía en medio de los bandazos y cabeceos de la chalupa.

“Pensé inmediatamente que habría sufrido un ataque a causa del esfuerzo que le significó el deslizarse con sus ciento ocho kilos por aquél cabo que aún pendía, abandonado, en la banda de babor.

“—Entonces, ¡al agua con él! —ordenó el capitán, bruscamente—. Ya somos bastantes en este cachucho, y ¡a los remos, que nos estamos atravesando demasiado al oleaje!

“Antes de que yo, como patrón de mi embarcación, reaccionara y pudiera impedirlo, el gordo desapareció entre las olas, la obscuridad y la espuma...”

—¡Los hombres son a veces muy brutos! —comentó el maquinista. Y añadió —: ¡Y hay quienes se admiran de los tiburones que se arrojan sobre sus semejantes apenas les ven correr sangre!...

—Sí —repuso el viejo—, también las hormigas arrastran los cadáveres de las que estorban... En todo caso, yo soy sentimental; me dio lástima y me pareció una barbaridad lo que hicimos con el gordo...

“Se lo di a entender al capitán, mientras mi embarcación luchaba por meterse en la dársena, y él me respondió: “¿Qué? ¿Tú esperabas que lo fuéramos a enterrar a Playa Ancha?”. Me dio rabia y no le hablé más hasta que lo dejé con el resto de su gente en el muelle, donde la lluvia caía como un barrido.

Calló el patrón y el maquinista se quedó pensativo.

Luego preguntó:

—¿Quién era el que auscultó al gordo?

—El pinche de cocina —repuso el viejo—. Era el que estaba más cerca...

—¿Y si acaso el pobre estaba vivo?

—Bueno. Eso es lo que me quedé pensando...

